

EL LIBRO DE LOS SUEÑOS



HABÍA llevado la conversación el ama de la casa hacia su tema favorito, y se habló por consiguiente de los sueños: expuse mis ideas acerca de ellos, y el respetable don Anacleto las combatió con encarnizamiento; recuerdo que le dije entre otras cosas:

—No hay persona razonable que dé importancia á lo que sueña cuando duerme: y sin embargo, uniendo á ello lo que soñamos despiertos, resulta que todos nos pasamos soñando la mayor parte de la vida. Hay quien abusa de la imaginación durante el día: ese generalmente no sueña con exceso al quedarse dormido; pero al que no usa de la fantasía para nada, de esa propensión del espíritu á volar hacia otros mundos, la naturaleza le obliga todas las noches á hacer saludables ejercicios por las regiones ideales. Sí, Sr. D. Anacleto; usted que me llama soñador, hoy, sábado, á las doce de esta noche, la hora legendaria en que las brujas se unían con el sebo maldito para volar al aquelarre, dejando el cuerpo tendido en una estera, sentirá usted que le envuelve una especie de grasa entorpecedora; se despojará usted de su levitón y demás prendas, que le dan una apariencia tan correcta, y mientras su cuerpo queda sordo, ciego y mudo, revolviéndose entre las sábanas, en las posturas menos graves, volará usted, como las brujas, por sitios y regiones ignorados; saltará usted como un chico y volará como un vencejo; caerá en abismos, hablará y vivirá con los ausentes y los muertos; hará locuras, sentirá grandes placeres ó terrores imaginarios, cometerá crímenes, oirá aplausos, le amarán ó le ahorcarán en un mundo interior, que desaparece cuando cesa la acción del narcótico nocturno. Mientras duerme usted sus ocho horas diarias, la tercera parte de la vida, Sr. D. Anacleto, todas las serias ocupaciones que le absorben durante el día, como el fomento de sus bienes, la cotización de los valores, los asuntos públicos y el régimen de su familia, no existen para usted, y si se mezclan alguna

vez entre los sueños, es en forma tan disparatada y ridícula, que á veces verá usted á su padre empollando como una gallina clueca, y saldrá usted á cazar billetes de banco con hurón. Y no diga usted que son reminiscencias de la vida real barajadas sin concierto por una función mecánica del cerebro: la reminiscencia no es en ellos sino el punto de partida, ó el agente que provoca hechos ajenos al modo normal con que en la vida se verifican los sucesos: los sueños se producen con lógica, y si hay en ellos mutaciones y transformaciones rápidas, las hay también en el pensamiento del que discurre despierto y que pasa vertiginosamente de los recuerdos á la realidad, y de unas materias á otras, eslabonándolos con un hilo invisible: los sueños son la representación córporea de pensamientos íntimos, tan natural y plástica, que tenemos conciencia de existir dentro de ellos mismos: cuando pensamos despiertos, las ideas se deslizan sin relieve por nosotros, distraídos é impresionados por los objetos exteriores; pero cuando al dormirmos quedamos aislados del mundo externo, vivimos en nuestro círculo y esfera más propia y personal; y entonces los pensamientos no son abstracciones ó signos, sino realidades en que nos sentimos envueltos y en acción; tan reales como la historia que pasó ó ha de venir: realidades mal estudiadas y peor comprendidas todavía.

—No hay en los sueños nada nuevo: todo es recuerdo y repetición mezclada, y en desorden, de cosas conocidas.

—¿Y hay en la vida real mucho nuevo, para que exijamos á lo soñado lo que en el Eclesiastes ya se negaba á lo que usted llama positivo? Los relámpagos más vivos de originalidad entre sueños se producen. Lo que al despertar llamamos absurdo, y que durmiendo no lo era, preciso es que se aparte de lo sabido y se verifique de otro modo.

—¿Niega usted que cuando se sueña hay relación con lo que nos sucede en estado de vigilia?

—¿Cómo he de negarlo si llevo á sospechar que hay relación con lo vivido antes de nacer? Voy á ponerle á usted un ejemplo. Un ministro, absorbido por los negocios públicos, impresionado viva y continuamente por ellos, ¿tiene calma y ociosidad para pensar en los juegos de su infancia? Entregado en absoluto á la política y los negocios, no puede dejar de ser ministro sino cuando duerme. ¿Cree usted que no haya en sus sueños reminiscencias de esa niñez que para él dejó de ser una realidad de su existencia? El hombre desde

que viene al mundo, de tal modo es influido por lo que ve, oye, palpa y saborea, por el magnífico panorama de la naturaleza terrestre, las sorpresas de que se halla rodeado, las necesidades de la vida, las exigencias del organismo y la lucha de sus pasiones, que todo hombre es un ministro que necesita para vivir, regirse y luchar y enterarse de lo que le afecta, toda su atención y entendimiento. ¿Qué mucho que absorbido por tan imperiosas fuerzas é impresiones olvide lo que fué antes de existir? Pero si existió antes realmente esa experiencia extracorporal, debió dejar compenetraciones en su alma, sombras y claridades que el ruido del mundo no deja revelarse, como la luz del sol no permite ver la claridad de una llama débil; pero esa luz vuelve á verse entre la obscuridad; así cuando cesa la acción de los sentidos el espíritu vuelve á su vida natural, continuación de toda su existencia.

—Pero durmiendo no cesa por completo la acción de los sentidos.

—Es verdad; sólo está amortiguada: por eso no es el descanso absoluto: y los rumores que zumban en nuestros oídos al dormir, el frío y el calor que impresionan nuestra piel, los golpes de la máquina que funciona en nuestro corazón y en nuestro estómago, las palpaciones de los órganos y la elaboración de los tejidos, llevan á nuestros sueños las influencias de la vida corporal, que se mezclan con las reminiscencias anteriores; por eso hay confusión en los sueños de la existencia actual y la pasada; y de esta última es lo que nos parece absurdo en esta vida, y es una mezcla de abismos que hemos traspasado, mundos que hemos recorrido, seres que han tejido, no recordamos dónde, su existencia con la nuestra. Fantasmas y organismos sobrenaturales, leyes y encadenamientos de sucesos que nos parecen incomprensibles al despertar, y lógicos y verdaderos en sueños dentro de nuestra conciencia; y hacemos movimientos y disfrutamos cualidades y sentimientos inclinaciones extrañas en nosotros, que pueden ser de hábitos ó transformaciones y conocimientos experimentados, sabiduría innata, pasiones y rugidos de monstruos, claridades de otros soles, despeñamientos de otros mundos y vuelos y aletazos de ángel.

—Entonces ¿qué supone usted que será la muerte?

—Yo calculo que el sueño no interrumpido entonces por la obsesión del organismo, será la vida eterna y la realidad.

—Y todo eso ¿lo ha soñado usted?—dijo D. Anacleto levantándose con indignación tan cómica que todos los contertulios nos echamos á reír al ver su aspecto.—Sostengo y declaro que no hay en el sueño, y así lo afirman los biólogos, sino un funcionamiento imperfecto de la memoria, que parece real, porque no hay conciencia del momento presente: y me atengo á lo que leí en Beclard cuando estudiaba.

—Beclard, Sr. D. Anacleto, se detiene en los límites del sueño, asegurando que se desconoce la causa próxima que le produce; pero á pesar de su parsimonia en asegurar lo que no puede comprobarse experimentalmente, dice que la memoria del sueño no se refiere á hechos, solamente á hechos, sino á ideas, y que el juicio funciona con gran exactitud en aquel estado de aislamiento. Y si el juicio funciona, ¿no hemos de dar importancia á lo que sucede bajo su dirección y sin influencias extrañas, cuando es el faro interior que guía

nuestros actos y nos separa del error? Recuerde usted que ha habido filósofos que, buscando la verdad, han empezado por procurar el aislamiento y el olvido absolutos, para huir de la mentira que ofuscaba todo conocimiento y hallar la verdadera filosofía en las íntimas claridades del espíritu.

—Y si los sueños tienen importancia sería para el hombre —repuso D. Anacleto ya suavizado, creyendo haber dado con una idea luminosa —explíqueme usted por qué se borran tan pronto al despertar como cosas inútiles.

—Se borran, en efecto, casi en totalidad; pero también se borra de nuestra memoria la mayor parte de lo que hacemos en la vida. ¿Puede usted decirme lo que hizo el día 1.º del mes? Estoy seguro de que aun ayudado por un hecho notable, casi todos sus actos reales quedaron borrados y destruidos para siempre como si no hubieren existido y como desaparecen los sueños. ¿Acaso es lo más útil lo que más se fija en nuestra memoria?

D. Anacleto, por única contestación, sacó la cartera.

—¿Qué busca usted en ese libro? —le preguntó la dueña de la casa.

—Voy á decir á este señor lo que hice el 1.º de mes: yo apunto todo lo que hago.

—Alto ahí —respondió D.^a Rosa; — eso no tiene gracia, y si usted saca ese libro, saco el mío.

—¿Cómo, señora — dije con curiosidad —usted también escribe su diario?

—Sí, señor; yo apunto todo lo que sueño.

Hubo en la tertulia una verdadera algazara y gran expectación.

—¡Que se lea ese libro! ¡que se imprima!—dijeron varios contertulios.

—No puede ser — contestó vivamente D.^a Rosa. — Es un libro escrito para mí y le destino á ser quemado por mis albaceas el día de mi entierro.

—¿Cree usted que cumplirán esa disposición tan odiosa? Todos debíamos escribir esos apuntes: es incomprensible que no haya asociaciones de individuos que se reúnan para contarse lo que sueñan y extender en las actas lo más interesante. Yo he de crear la Sociedad internacional de Soñadores.

—Usted quemará mi libro, si me sobrevive, porque es usted uno de mis testamentarios.

—¡Señora!

—¡Que nos lean una página siquiera!

—Ni una línea.

Así acabó la reunión aquella noche.

Dos años después murió D.^a Rosa y hubo necesidad de cumplir su testamento: en vano supliqué á mis dos colegas: uno de ellos era D. Anacleto, y fué inflexible: entregamos á las llamas doscientos cuadernos de letra muy clara y muy menuda: sólo pude salvar, en un momento de distracción de los otros albaceas, uno de los legajos más pequeños y muy mermado por el fuego.

Han muerto los dos testamentarios, y voy á cometer la deslealtad de publicar esos apuntes: sé que me pedirán cuentas algún día, no sé en qué mundo: me defenderé como pueda. Pero si esto sucede, quisiera ver cómo sigue sosteniendo allí D. Anacleto la poca importancia de lo que se aparta de las realidades de la vida.

FRAGMENTO DEL LIBRO DE LOS SUEÑOS.

(Hay cinco páginas ilegibles y casi destruidas por las llamas. Sigue la conclusión de un sueño, que no se entiende por faltar el antecedente de los hechos que se refieren. Sólo resulta claro este final.)

Mi doncella me dice que he roncado mucho. ¿Recordaré tan mal por eso lo que he soñado? La práctica de apuntar, al despertarme, lo que sueño cada noche, me ha acostumbrado á acordarme de casi todo con bastante claridad cuando al principio lo hacía de un modo vago é incompleto. ¿Por qué tendré el defecto de roncar? No puedo casarme sino con un hombre que no me lo eche en cara. Roncaremos á dúo ó moriré solterona.

Día 7.

He volado mucho: como que me perseguía no sé quién: tropezaba á menudo con las casas y montañas, pero las rompía con mi cuerpo como si fueran de cartón: por fin me pude esconder debajo del agua, que estaba deliciosa. Poco á poco fui asomando la cabeza y vi que estaba delante de la playa de Biarritz.

—¿No sale usted, señora?—me dijo la bañera con amabilidad.

—Es imposible—respondí desconsolada;— como vengo de tan lejos, he dejado á jirones mi ropa en el camino y la playa está llena de gente.

—¿Podrá usted aguantar la respiración hasta la noche?

—Creo que sí.

—Va usted á tener hambre.

—Comeré pescados vivos.

A la bañera le pareció muy natural. Yo me puse á pescar como si fuera un tiburón, pero los peces resbalaban por mis dientes: he luchado á bocados con una merluza que se ha llevado en su boca mi nariz: me puse furiosa y nadé como si volase: he hecho presa en un pez grande y me he puesto á devorarlo. ¿Qué he hecho? ¡Dios mío! Me he comido el pie de un niño que se estaba bañando. No tiene remedio; estaba empezado y me he tragado todo el angelito: era de dulce. Noto que sus padres me persiguen; me cortan la retirada; estoy pescada: van á sacarme á la playa y estoy sin ropa y sin nariz. ¡Ay!

Aun me late el corazón. ¡A qué tiempo he despertado!

Día 8.

No me explico bien el sueño. Dormida, he estado tomando apuntes de otros sueños más hondos que se eslabonaban unos entre otros, y tenía conciencia de soñar, despertándome sucesivamente sin hacerlo en realidad. Y soñaba cosas agradables, tanto, que no podía creer en ellas y conocía que eran falsas de puro inverosímiles y absurdas. Y en cada sueño nuevo me reía de los anteriores, y á cada despertar imaginario me parecía lo nuevo, real y positivo. Y en la última etapa, estaba sentada en un banco del colegio, bordando unas orejas de burro en el pescuezo de otra cole-

giala, á quien había castigado á sufrir esa vergüenza. Y yo decía entre mí al oír los chillidos de la muchacha á cada pinchazo de la aguja:—Estos gritos sí que no se sueñan.

Día 9.

¡Dios mío! No quiero recordarlo.

Día 10.

¡Qué sueño tan soso y tan tranquilo! He cosido catorce camisas para los pobres: nunca he estado tan absorbida en la labor y tan satisfecha, ni la maquinilla se ha movido con tanta rapidez: sólo ha tenido de notable mi trabajo, que la tela ensanchaba y encogía á medida de mi gusto. ¡Ah, sí! Empiezo á recordar la hechura singular de aquellas camisas que en mi buena intención debían servir de traje entero. Eran camisas con gorra y alpargatas.

Día 11.

¿Por qué habré vuelto á soñar con ese hombre, y quién es? Porque no me parece un desconocido, y esta impresión se reproduce siempre que despierto. Me trata como un amo, y le obedezco con cariño: ¡con qué descaro le hago el amor, y qué colorado se pone el pobrecillo! ¡Qué cosas se sueñan! Yo iba á hablarle á su reja y le amenazaba con entrar: entonces salió á la calle, y vi que tenía la barba verde: ¡vaya una locura! era de hierba, y me parecía elegantísima. Me dió una paliza en medio de la calle, y lo sufría sin quejarme: creo que me gustaba, porque luego le hice gazpacho. ¡Qué serie de incoherencias! Le pedí la sortija que llevaba, y que tenía por piedra un ojo vivo: se arrancó el dedo y me le dió con la sortija. No pude menos de abrazarle. No quiero soñar con ese hombre tan raro, que me asusta al despertar y me domina cuando sueño.

Día 12.

He sufrido una horrible pesadilla: tendría que anotarla musicalmente para dar idea del tormento que he experimentado: he escuchado ruidos espantosos, gritos salvajes, encerradas y estrépitos inaguantables: no hablo propiamente al decir que los escuchaba, porque los sonidos discordantes me arrastraban, haciéndome girar dentro de una tromba musical. Y unas veces descendía con ellos sin aliento, como si cayera de una torre, y entonces los sonidos se iban apagando, ó subía como en un columpio inmenso, y la gritería iba en *crescendo* hasta concluir en una explosión horrible, como si la creación se deshiciese en un estampido final.

Y cada vez que esto acababa, una voz me advertía diciéndome interiormente:

—Esto no es nada: prepárese usted, que va á venir lo bueno, y apriétese usted el corsé para no estallar cuando lleguen las frases más violentas.

—¡Pero esto es una tempestad de sonidos!

—No: hemos caído dentro de una ópera del porvenir, y sólo podemos salir pulverizados.

Yo gritaba con toda mi laringe. Y la voz me decía:

«¡Bravo, bravo! Volamos hasta el cielo. No ahorre usted pulmones, que ahora los hacen muy baratos.»

Estoy sorda y mareada. Tengo sueño, y no me atrevo á dormir, porque no se repita mi tormento.

Día 13.

Me pasé la noche en vela, temiendo que se reprodujera la pesadilla musical.

Día 14.

He soñado con mi padre, con mi amiga Elena, que murió hace diez años, mi maestro de dibujo, también difunto, y otras personas que no sé si viven todavía. El pasado y el presente estaban confundidos con una naturalidad tan extraordinaria, que ahora me hace cavilar. Comíamos todos juntos para celebrar la boda de Amelia, que se casó hace cuatro días. No ocurrió nada de particular: hablamos mucho, y sólo me sorprende la unión familiar y tranquila de personas tan separadas por la muerte, los años y la ausencia. ¿Volveremos á reunirnos?

Día 15.

Pocos sueños he tenido tan disparatados como el de anoche. Yo había llamado al médico, y me dijo con voz imperiosa:

—Saque usted la lengua, señorita.

Yo obedecí de mala gana.

—Sáquela usted más —repuso muy incomodado.

—¿No hay bastante todavía?

—No.

—¿Cuánta lengua quiere usted que saque?

—Medio metro. ¿Cree usted que pueden conocerse las enfermedades interiores en la punta de la lengua?

Y tirando de ella con rudeza, la examinó como si leyese en un papel escrito.

—No hay peligro —dijo por último;— el parto se presenta natural.

—¿Qué ha dicho usted? —exclamé con indignación.— Está usted hablando con una señorita.

—Tranquilícese usted; no hay deshonor en ello: es una epidemia. Medio Madrid está en la misma situación.

La explicación me satisfizo, y sólo me preocupé de los dolores que empezaron en el acto: sentí como que daban un baile dentro de mi cuerpo, y empezaron mis quejidos.

—Aguántese usted —dijo el doctor— que voy á sacar los instrumentos.

Y de una funda como de violín sacó un gigantesco tirabuzón de acero.

—¿Qué va usted á hacer?

—Vamos á ver si es fraile ó monja —dijo con mucha seriedad.

—¿Qué cree usted que tengo dentro?

—Tal vez una serpiente: voy á barrenarla á usted.

Me sujetaron la doncella y la criada, y la operación fué tan instantánea, que nada sentí.

El médico guardó una cosa en la funda de violín, y salió sin despedirse.

—¡Señorita! ¡señorita! —dijo mi doncella:— que el médico se lleva un bulto.

El médico volvió á entrar muy furioso, y dijo tirando al suelo la funda en que lo ocultaba:

—Tome usted lo suyo. No tenía usted nada dentro, y la he sacado á usted las tripas: cualquiera se equivoca.

Día 16.

Estuve de visitas. ¡Qué amigos tiene uno en sueños! Primero salí en silla de manos, y entré á buscar no sé á quién en un guardillón que tenía muchas piezas. El portero me decía desde lejos: «¡Más adelante!» Y aquella guardilla no acababa nunca. Por fin llegué á un salón que no tenía suelo, y en el cual todos se sentaban en columpios que pendían de las bóvedas. «¿Quiere la niña que la enganche á una mecedora?» me dijo un lacayo negro. Y en efecto, acerqué un columpio, tomé asiento y quedé meciéndome y colgada. Sólo recuerdo que los amos de la casa no salieron á recibir, porque era la moda no hacer caso de las gentes; y todos elogiábamos la costumbre, y sobre todo la comodidad de los asientos. Allí estaban las gentes que se ven en todos los salones, y nadie quería retirarse. De pronto gritó una voz: «¡Fuego en el techo!» Di un grito horroroso, y todo desapareció.

Poco después estaba contando á otra amiga lo ocurrido, y ésta me decía:

—Gracias á Dios, en mi casa hay suelo: no sé dónde bailan esas buenas gentes.

—Yo también le tengo —decía con orgullo;— prefiero quitármelo de la boca, con tal de que no falten baldosas ó ladrillos debajo de mis pies.

—Y es que hoy todo está en el aire y carece de cimientos. ¿Y eso de que no se presenten en la visita los dueños de la casa, qué le parece á usted?

—Una falta de atención.

—Yo soy esclava de las gentes. Vea usted: para no dejarlas ni un instante, he hecho que me cosan el vestido á la tela del sofá.

—Señora: su murmuración de usted es grata, pero tengo que hacer otras visitas.

Y entré á dar un pésame: la viuda me decía riendo á carcajadas:

—¿Ve usted mi risa? Es sardónica. Quise enterrarme con él y no me lo permiten.

—Señora: no cabrá usted en el nicho.

—Si tenemos panteón.

—Entonces no comprendo la oposición de la familia, dije de buena fe y escandalizada.

Días 17 y 18.

No he soñado.

Día 19.

No vuelvo á hacer caricias á mi gato Morrongo después de lo que ha pasado en sueños: lo que me preocupa es la realidad de aquella ficción y lo natural que me parecía. He soñado que era gata. ¿Lo habré sido en otra época? He

dado saltos maravillosos con gran facilidad: he cazado un ratón y he salido á pasear por el tejado, me he lavado la cara humedeciendo mi mano con la lengua y he maullado para que me abriesen la ventana. A mis maullidos salió Morrongo y me bufó: quise arañarle y maulló también: le repliqué maullando y nos entendimos los dos perfectamente. No lo quiero recordar. Morrongo me decía con imperio:

—Yo te puedo arañar; soy tu marido.

Voy á regalar ese gato.

Día 20.

Es indudable que en mi sueño de esta noche hay un fondo de verdad, bajo forma extravagante.

Me había pedido dinero mi ahijado y le aconsejé que no jugase: para convencerle, le llevé á un salón en donde había una ruleta.

—Ahora que no hay nadie examinemos la rueda que da vueltas. ¿Lo ves? Es una muela de molino. Eché un puñado de trigo y se hizo polvo. ¿Qué te parece? Ya nos hemos quedado sin un grano.

—Pero se habrá convertido en harina, dijo Joaquinito.

—Es verdad; pero la harina cae en el cajón de los banqueros.

—Allí hay otro juego que no tiene rueda ninguna, replico mi ahijado.

—No te acerques; es una máquina que abrasa al que se acerca.

—Tiene un calorillo que atrae.

—Echa un duro en ella: ¿qué sucede?

—Que el metal se derrite en esa máquina.

—Ahora echa un papel: ¿qué ocurre?

—Se ha convertido en cenizas.

—No juegues, hijo mío. Todas las máquinas de jugar son hornos ó molinos.

Debo declarar que no tengo ahijado, aunque soñando le tuviera.

Día 21.

He soñado mucho con gigantes y peñascos; pero no recuerdo sino sus formas monstruosas.

Luego soñé con la pobre Tomasa; como es tan torpe y equivoca los recados, la dije: ¿Sabes leer?

—Sí, señorita.

—Pues voy á escribirte el recado en la frente; cuando llegues á casa de mi amiga, te miras al espejo y lees lo que estoy escribiendo en tu frente; así no te confundirás.

Aun así, Tomasa dió el recado al revés.

—Pero, ¿no te dije que leyeras delante de un espejo lo que escribí en tu frente?

—Y lo he leído, señorita.

—¿Cómo has leído todo lo contrario?

—Es que en el espejo todas las cosas resultan al revés. Usted tuvo la culpa.

Día 22.

No pude dormir.

Día 23.

Me llevó un amigo á ver su establecimiento de aguas ferruginosas, que me había ponderado mucho.

—¿Ve usted? Todo el que bebe mis aguas se fortalece. Tienen tanto hierro—decía llenando un vaso en el manantial—que beberse este medio cuartillo equivale á tragarse un aldabón.

—¿Dónde están los bañistas?

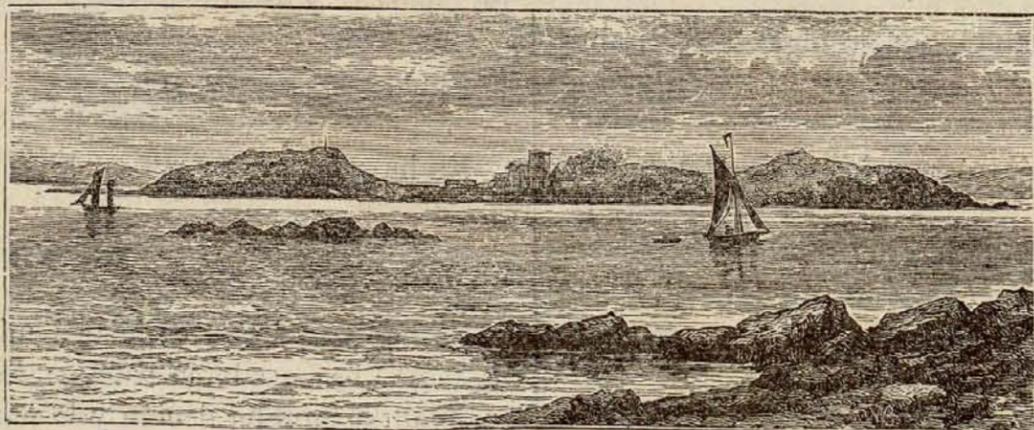
—Ablandándose en la fragua. Todo el que se lava en esta fuente sale con máscara de hierro. Mi negocio está en convertir á los bañistas en lingotes.

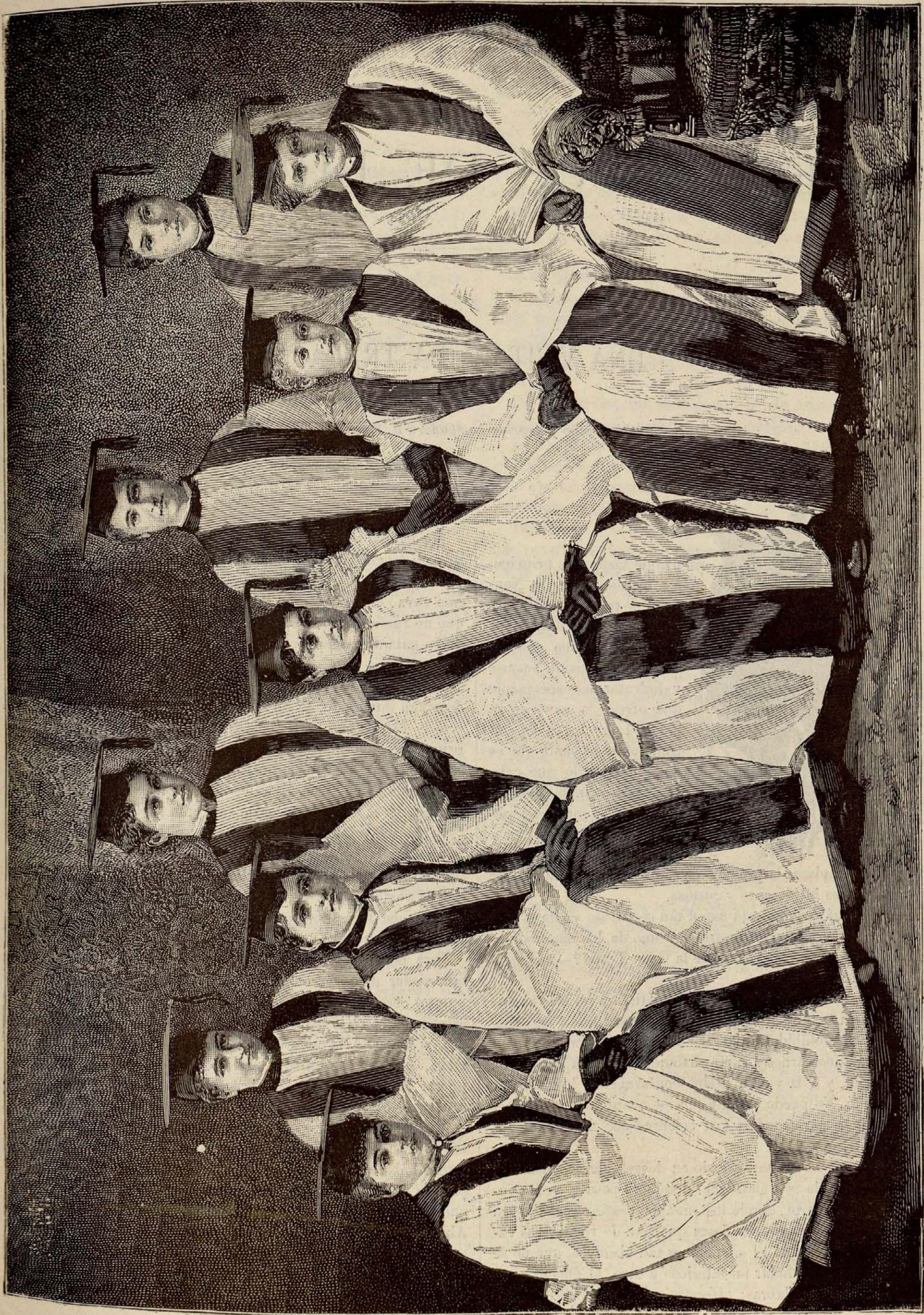
Como el arroyo de la fuente era un poco ancho, me descalzé para pasarle. Pero apenas hube metido los pies en el agua, mi amigo dió un grito, y dijo arrancándose los pelos:

—¿Qué ha hecho usted, desgraciada? ¿No la advertí los efectos de mis aguas? Mírese usted los pies. Tiene usted herraduras para siempre.

.....
Aquí termina el fragmento de aquel libro curioso. Cuando se haya vulgarizado la costumbre de escribir lo que se sueña, como se escribe la historia real, las páginas salvadas por mí serán una de las fuentes de la *Historia de los sueños*.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.





MELBOURNE (Australia). — El llamado « Coro angélico » de la catedral de San Pablo, recientemente instituido.

RECUERDOS DE BRETAÑA

UNA VISITA Á LA TRAPA

(A mi respetable amigo y querido compañero D. Vicente de la Fuente.)



DESPUÉS de visitar los principales monumentos de Nantes, y de terminar mis estudios en sus Bibliotecas y Museos, pensaba embarcarme para Saint-Nazaire y disfrutar del espectáculo que ofrece la navegación por el Loire hasta su entrada en el Océano, que es de lo más bello que cabe imaginar, cuando mis compañeros de fonda, el ingeniero monsieur Fournier y su hermosa hija Emilia,

me hicieron aplazar la proyectada excursión para emprender otra no menos interesante y curiosa.

—¿Por qué, ya que está usted tan cerca, no visita el primero de los monasterios bretones y uno de los más renombrados de Francia, la Abadía de la Gran Trapa?—me decía M. Fournier.

—Vaya usted—añadía Emilia—y satisfará no sólo su curiosidad, sino también la mía. Ya sabe usted que á las señoras nos está prohibida la entrada en los monasterios trapenses. Ni aun acercarnos á corta distancia nos está permitido. Vaya usted, y á la vuelta podrá contarme las impresiones de su visita. No puede usted figurarse cuánto deseo conocer el interior de esas abadías tan célebres por el rigor de sus penitencias.

—También yo—repuse—ardo en deseos, desde mi niñez, de visitar uno de esos claustros, donde se pasa la vida pensando en la muerte, donde los monjes, según dicen, abren por sus propias manos las fosas que han de recibir sus cadáveres, y en los que el silencio es tan absoluto, que no se rompe sino para saludar un religioso á otro, al encontrarse, con las fatídicas palabras: *¡Hermano, morir habemos!*

Me habían ponderado tanto la Trapa cercana á Tolosa, que era éste el monasterio que me proponía visitar á mi paso por la famosa capital del Languedoc. Esto no obsta para que vaya, como iré ahora, á la Abadía de la Melleray, aunque no fuera más que para justificar la idea que usted tiene de la galantería española, bien grata de practicar en este caso.

Faltaba señalar el día, y éste le escogí yo, eligiendo el domingo inmediato, 12 de Septiembre, día del Dulce Nombre de María, que es el nombre de mi madre. Era ésta la primera vez en mi vida que estaba lejos de ella en tal día: ¿en qué lugar más de su gusto podría pasar las amarguras de la separación, más vivas en aquel que en ningún otro día, que en la casa del recogimiento y la tristeza?

Cerca del camino de Nantes á Chateaubriand, á dos kilómetros de la Melleray, aldea de trescientos vecinos en el partido de Maisdon, en las inmediaciones de un lago, rodeados de vastos encinares, se alzan los extensos muros de la Abadía que lleva por nombre: *N. D. de la Trappe de Melleray* (Mellearium).

Para poder pasar allí el domingo por entero, tuve que emprender mi viaje en la noche del sábado. Llegué á las puertas cerca de las diez. La obscuridad era inmensa. Ni una estrella en el cielo, ni una luz en el campo. Había comenzado á llover. A la escasa claridad de un farol medio apagado, que se columpiaba mecido por el viento sobre la puerta principal, veía dibujarse en la sombra tres grandes estatuas que coronaban el muro: en el centro, la de la Virgen María, titular del Monasterio, y á los lados, las de los Padres de la Orden, San Bernardo y San Benito, con sus largos hábitos, aquél todo negro y éste todo blanco. A los pies de la Virgen, con grandes letras, hay una inscripción que no me fué dable leer entonces. Es como el título de la Abadía y de la religión de los trapenses. «*Qu'il est bon, qu'il est doux de vivre en frères sous le même toit!*» dice, traduciendo el primer versículo del Salmo 132: «*Ecce quam bonum, et quam jucundum habitare fratres in unum*», esto

es: « ¡ Oh, cuán buena y cuán dulce cosa es el vivir los hermanos en mutua unión! »

Llamar á la puerta, abrirla el portero, penetrar en el gran patio, salir á recibirme el Padre Hospedador é instalarme en su celda, todo fué obra de pocos instantes.

La hora de mi llegada me privó del solemne recibimiento que los trapenses dispensan al que va á visitarles por primera vez, y cuyo ceremonial me fué refiriendo punto por punto el Padre Hospedador mientras me encaminaba á la celda que se me concedía. Dos religiosos de hábito blanco se acercan al huésped y se echan á sus pies hasta tocar con las frentes el duro suelo. Después, le indican con un gesto que los siga, y lo conducen á la iglesia. Luego, vuelven á la hospedería, y uno de ellos lee un pasaje de *La Imitación de Cristo*. Terminada la lectura, se arrodillan de nuevo, entona el más anciano: « *Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui* », y se retiran, confiando el viajero al Padre Hospedador para que le conduzca á su celda.

La mía, la primera á mano derecha al extremo de la escalera, tenía por nombre el del fundador de la vida monástica de Occidente, *San Benito*. Me dijeron que en esta misma celda se había hospedado, en 1845, el Duque de Aumale. Consta de dos piezas, sala y alcoba, ésta muy reducida, y aquélla algo espaciosa, con ventana al patio, reclinatorio, lavabo, dos sillas y un estante con libros.

A pesar de lo molido que me sentía, por efecto de las cuatro leguas recorridas en la calesa-correo de la Meilleray, mis aficiones literarias pudieron más que el cansancio, y antes de recogerme no pude menos de examinar los libros de la pequeña biblioteca. ¡ Cuán agradablemente sorprendido quedé al encontrar entre aquellos treinta y ocho volúmenes dos obras magistrales de ascetas españoles! Eran éstas la *Guía de Pecadores*, de Fr. Luis de Granada, y la *Práctica de la Perfección cristiana*, del P. Alonso Rodríguez, traducidas al francés, la primera por M. Girard (edición de Saint Brieuc, 1837), y la segunda por el P. Regnier Desmarais (edición de Perisse frères, 1841).

Si grato me fué, á tan larga distancia de la patria, el encuentro de aquellas obras españolas, aunque hablando otra lengua que la suya, considérese lo que me sería, á la mañana siguiente, oirme dar los buenos días y preguntarme por mi salud en el idioma mismo en que hablaron y escribieron Fr. Luis de Granada y el P. Alonso Rodríguez.

Era un religioso que me dijo llamarse el Hermano Estanislao. Podía representar unos setenta años. Tenía su figura la severidad ascética de los monjes de Zurbarán ó Le Sueur. Era alto, huesudo, delgado en tal manera, que podría decirse de él lo que Santa Teresa de San Pedro Alcántara, que « *no parecía sino hecho de raíces de árboles* ». Sus ojuelos negros, dotados de la vivacidad propia de la juventud, contrastaban con las hondas arrugas de su frente y la blanquísima barba que caía sobre su pecho, publicando lo avanzado de su edad. Vestía un tosco sayal pardo de jerga, y una capa de igual clase y color.

—Vengo—me dijo—por encargo del reverendo padre Abad, á ponerme á las órdenes de usted, para enseñarle el monasterio.

Hablaba con tan puro acento castellano, que cualquiera, al oírlo, lo habría tomado sin vacilar por español, como yo lo tomé desde luego. Iba á preguntarle por el lugar de su

nacimiento en tierra española, cuando, conociendo sin duda mi engaño y adelantándose á mi pregunta, me dijo sonriendo:

—No soy español, como usted se figura, sino francés y muy francés, bretón de este mismo departamento del Loire inferior, nacido á pocas leguas de aquí. Lo que tiene es que he estado años enteros en España, y además he tratado mucho á los monjes españoles de este monasterio.

Mientras esto decía, se había ido acercando á la ventana, y asomándose á ella é indicándome que le siguiera, añadió:

—Va usted á ver dónde están.

Y señalando con el dedo hacia un pequeño espacio cercado de flores y sembrado de cruces, siguió diciéndome:

—Allí están todos; allí, en el cementerio. Venga usted conmigo, y le señalaré uno por uno los sitios donde yacen.

Por el camino, mi acompañante, sin esperar á mis ruegos, me fué dando noticias del monasterio.

La Trapa de Melleray fué fundada en 1142 por monjes cistercienses de Pontrond (Anjou). De la primera fábrica sólo quedan la puerta de entrada y una parte de la iglesia. Lo demás es obra del pasado y del presente siglo.

Pertenece á la tercera de las congregaciones en que están repartidos hoy los trapenses, y se diferencia de las otras dos en que sus religiosos se rigen por la Regla de San Benito y las primitivas Constituciones del Císter. De dos clases son estos religiosos: unos, *Padres de coro* (*Pères de chœur*), y otros, *Hermanos conversos ó donados* (*Frères convers ou donnés*). Los primeros, personas de instrucción, á quienes, entre otros conocimientos, se les exigen los de la lengua latina, cantan los oficios de seis á siete horas diarias, y emplean las demás en la meditación ó lectura, ó algún trabajo manual, ni más ni menos que los antiguos monjes. Los Hermanos conversos proceden, por lo común, de familias humildes, y están dedicados á oficios y labores, especialmente las de la Agricultura, en las cuales la Trapa de Melleray compite con las mejores colonias agrícolas de Francia y del extranjero. Todos los adelantos de la industria han sido allí recibidos y aplicados.

Diríase que si los *Padres* representan la vida monástica de los siglos medios, los *Hermanos* son fiel expresión de la vida moderna. Una y otra coexisten allí al amparo de la Cruz, que igualmente patrocina y enaltece lo viejo que lo nuevo, el ascetismo contemplativo que la industria activa y fecunda de nuestro siglo. *Oración y Trabajo*: he aquí la divisa común de Hermanos y Padres de la Trapa entera.

La humildad y el silencio son las penitencias que con mayor rigor se observan. Por lo que toca al silencio, bastará decir que á los religiosos todos, Padres como Hermanos, les está vedado conversar unos con otros. Tienen que comunicarse con gestos y señales convenidas, que constituyen un verdadero lenguaje, en el que se entienden á maravilla. Los Hermanos disfrutan de alguna más libertad, y asimismo pueden conversar con las gentes de fuera (cosa solo permitida entre los Padres al Hospedador), si bien por mandato ó con aprobación de los superiores, como en mi caso acontecía. La humildad es en tal grado exigida, que todo religioso debe acusarse en alta voz ante sus Hermanos, reunidos en capítulo, de toda falta exterior cometida

contra la observancia de la Regla, y sufrir, también en público, la reprensión á que por ella se hubiera hecho acreedor, según las Constituciones de la Orden. Es lo que se llama en ésta la *Proclamation au chapitre des coupes*.

Al llegar al cementerio, el Hermano Estanislao se detuvo á la entrada y me dijo:

—Los religiosos españoles que están aquí enterrados pertenecían todos á Santa Susana, abadía trapense de Aragón, y eran por la mayor parte aragoneses. Cuando la exclaustación de 1835, los monjes de Santa Susana, unos abandonaron desde luego su patria, y otros, que se quedaron en ella combatiendo en las filas del Pretendiente, lo hicieron más tarde, llegándose á reunir aquí, de donde algunos salieron para la fundación de Divielle (Dei villa) en el Departamento de las Landas y de Bellpuig, en la diócesis de Urgel. Esta última fundación fué obra de los PP. José y Benito, á quienes yo acompañé, con otros religiosos, y con los cuales pasé algunos años. A esta circunstancia debo el conocimiento y manejo de la lengua castellana.

Y entrando en el cementerio, añadió:

—Ocho son los religiosos españoles que aquí descansan. No podré decir á usted los nombres y apellidos que llevaron en el siglo, porque sólo conozco los que tuvieron en la religión. En la nuestra, como en otras, todo religioso toma por nombre el de un santo, y este nombre, seguido á veces del de la Virgen María en alguna de sus advocaciones, y precedido del de *Padre* ó *Hermano*, es lo que le distingue de los demás. El único que conserva su apellido es el reverendo Padre Abad del monasterio.

Los vínculos sociales quedan desatados de tal modo al anudarse los que la religión engendra, que cuando ocurre el fallecimiento de algún pariente, por cercano que sea, el Superior lo anuncia en capítulo á los religiosos con estas palabras: «Hermanos míos, uno de nosotros ha perdido su padre, su madre ó tal pariente», y todos oran del mismo modo por el muerto, sin saber de quién se trata.

Luego, deteniéndose ante una tosca piedra sepulcral:

—Aquí yace—dijo—el Abad de los trapenses españoles, D. Fulgencio José Mora. Este santo sacerdote vivió en Burdeos desde la exclaustación hasta mediados de 1861, en que se vino con nosotros.

Me acerqué, y sobre la modesta losa leí la inscripción siguiente:

CI GIT
R. P. D. FULGENCE
JOSEPH MORA ANCN ABRÉ DE
S^{IE} SUZANNE ESPAGNE
PROFÉS EN 1806
ABBÉ EN 1825
MORT LE 6 NOV^{VRE}
1864
AGÈ DE 80 ANS
REQUIESCAT IN PACE

—¿Y los otros religiosos españoles?—pregunté á mi acompañante.

—Esos—me respondió—no tienen, como los abades, losa

ni inscripción, sino cruces de madera con el nombre en un brazo y la fecha de la defunción en el otro. Entonces, acompañando el ademán con la palabra, me fué indicando una tras otra siete cruces, en las cuales fui leyendo sucesivamente los nombres de *Gaspar*, *Mariano*, *Edmundo*, *Malaquias*, *Simón*, *Modesto* y *Zacarias*, con las fechas de sus respectivos fallecimientos. La más antigua era la del *Hermano Simón*, muerto el 26 de Noviembre de 1835, y la más reciente la del *Hermano Zacarias*, ocurrido el 27 de Febrero de 1880.

Acababa de registrar esta fecha, cuando el Hermano Estanislao, visiblemente conmovido, me dijo estas palabras:

—¡Conoci mucho al Hermano Zacarias! Era herrero, y tenía unos alientos y unas fuerzas verdaderamente hercúleas. Hizo toda la Guerra de los Siete Años. No he visto en mi vida persona de mayor entusiasmo por su tierra. Aquel Goliath aragonés, capaz de derribar un buey de un puñetazo, lloraba como un niño al solo nombre de España. Asisti á su muerte. Amortajado con sus hábitos, tendido sobre paja y ceniza, esperaba su última hora con una fortaleza y un fervor que nos dejaron edificadas. ¡Cuánto se hubiera alegrado de haber visto aquí un compatriota y hablar con él en su lengua!

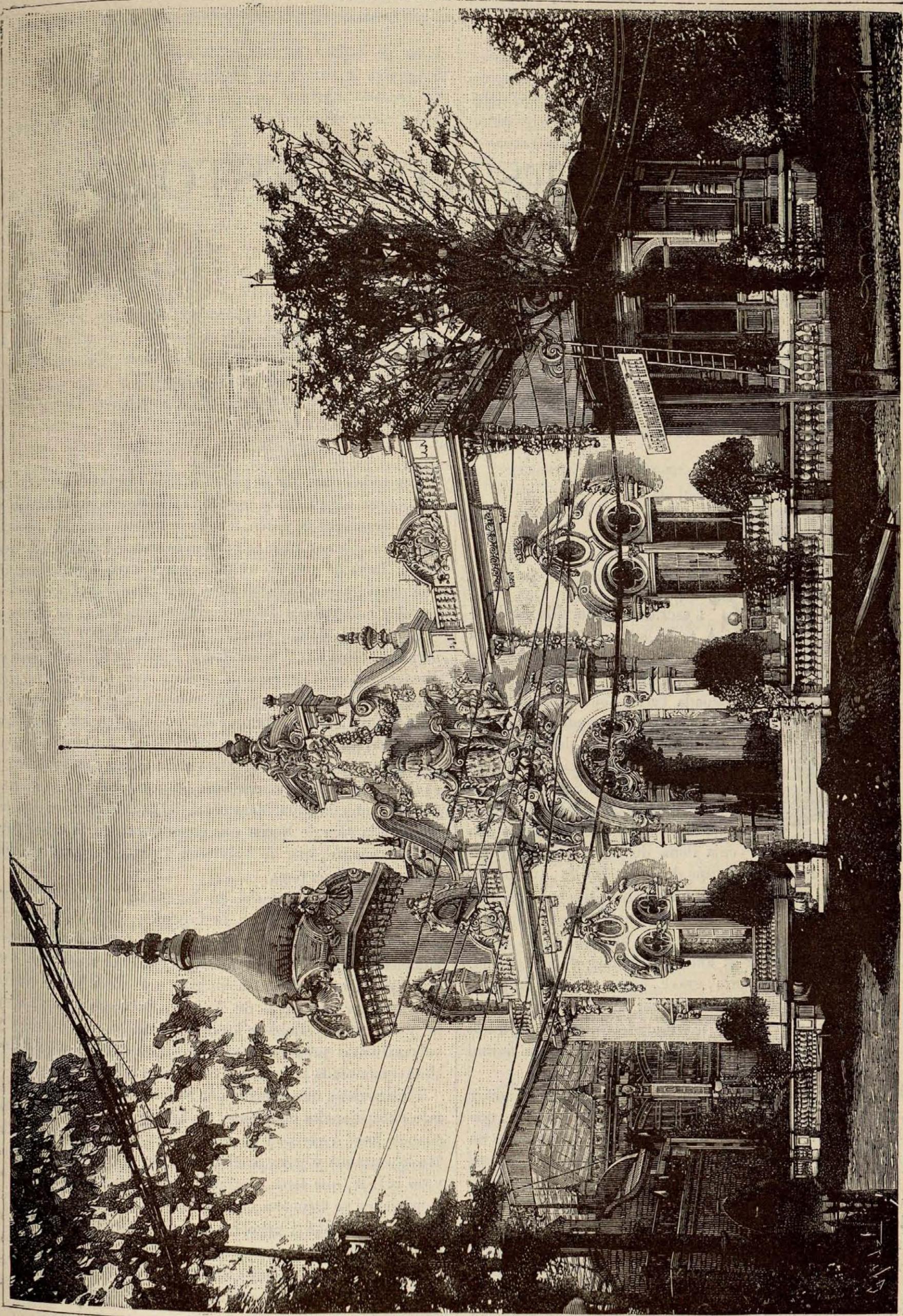
Las campanas de la iglesia, anunciando la celebración de la misa, cortaron nuestra conversación. Continuó por la tarde, en que el Hermano Estanislao me fué enseñando las dependencias de la Abadía, especialmente sus huertas y prados, cultivados con arreglo á los últimos progresos agrícolas. Pasan de quinientas las hectáreas de labranza. No cabe imaginar granja modelo más digna de este nombre. Al menos, á mí en mi ignorancia de estas cosas, me lo pareció sin duda.

Á la mañana siguiente visité el claustro, el capítulo, el refectorio y demás partes de la Abadía. Todo respiraba soledad y tristeza. Las inscripciones estampadas en los muros, los Padres que acá y allá veía al paso, orando ó leyendo; el silencio verdaderamente sepulcral que en todas partes reinaba, lo digo con franqueza, me infundían más miedo que devoción. Sin las celestiales virtudes de un San Bernardo, ó los tormentosos remordimientos de un Rancé, no comprendo que puedan vivir allí, como en casa propia y adecuada, los que, como yo, carecemos igualmente de las virtudes del primero y los dolores del segundo.

El sencillo y amigable Hermano Estanislao ¿en qué caso se encontraba? ¿Había ido á la Trapa buscando el perdón ó el olvido? No sé; pero, en ocasiones, al oírlo, me parecía que en aquel esqueleto viviente dormía un corazón vigoroso como el del hermano Zacarias, tan recordado y querido por él, que debió latir con vehemencia al contacto de las pasiones del mundo.

Mlle. Emilie, al oír, á mi regreso, el relato de mi viaje, me interrumpía á menudo con esta exclamación, que revelaba la nobleza de su alma y que sintetiza al mismo tiempo las impresiones que dejó en la mía aquella visita: «*Pauvres trappistes!*» Sí, ¡pobres trapenses! ¡Y más pobres todavía los olvidados monjes españoles que allí descansan para siempre!

ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL.



PARÍS.—Pabellón de los Estados Unidos de Venezuela, en la Exposición Universal.

”.....ESTO, ESTO, Y ESTO.....”

MEDICINA NATURAL



I.

EL escribano de la villa de Fontecha, señor Salcedo, guardaba en su casa, á los sesenta años, dos tesoros, á saber: una hija de veinte llamada Teresa, buena moza y hermosa sobre toda ponderación, y un infolio de acciones del Banco de España, que le producían una renta de veinte mil duros. Sobre si heredó ó no heredó á unos tíos que tenía en Filipinas, sobre si descubrió una

caja llena de onzas que los franceses dejaron enterrada detrás de la ermita de Antepardo, y sobre si con su pluma y sus uñas había escarbado más de lo debido en algunos famosos testamentos, sobre todo esto hablábase mucho en aquellos pueblos alaveses de la ribera del Ebro, para explicar el amontonamiento de su fortuna; pero Salcedo, hombre serio, grave, ceremonioso é impenetrable, no dió nunca su brazo á torcer, no tuvo amistades ni confianzas con sus vecinos murmuradores, y no permitió que ni chico ni grande se le subieran á las barbas, con ánimo de husmear de dónde había sacado tanto dinero.

Preocupóse tan sólo de asegurarlo y administrarlo bien y de cuidar con todo esmero de la educación de su hija, que se había quedado sin madre á los ocho años. Las monjas de Vergara primero, y las sabias y empingorotadas profesoras de la *Pensión Condé*, en Villefranche, cerca de Niza, hicieron de aquella simpática criatura una muchacha inteligente y despierta, *buenaza como el pan*, según decía el ama de gobierno del escribano de Fontecha, y tanto más cariñosa y corriente, cuanto más la habían pulimentado y enaltecido los estudios nacionales y extranjeros y las habilidades de la música y de la pintura, en cuyos adornos de la educación era Teresa cosa muy superior y ponderada.

Con todo se avenía su padre, menos con la idea de que un día viniera algún pirata mundano, en figura de señorito y con aspiraciones de yerno, á robarle aquella deliciosa prenda de su alma; y con nada soñaba la hermosa doncella más que con la dicha de que, de un momento á otro, la solicitara algún chico guapo, bien nacido y bien criado, que por sus especiales condiciones fuera digno de conquistar su corazón.

En Madrid, donde Salcedo y su hija vivían durante el invierno, tenía aquél necesidad de andar espantando pretendientes, como quien espanta moscas que acuden á la rica miel, y sólo descansaba de tan molesta faena desde Mayo á Noviembre, en cuya temporada residían en su magnífica finca á orillas del Ebro. Algunos ricos aspirantes de aquellos contornos, que se habían atrevido á mirar con asombro y envidia á la chica, y que bosquejaron, nada más, ciertas transparentes insinuaciones cerca del escribano, cobraron tal horror á la cara de Nerón que encontraron en la cabeza del deseado suegro, que no volvieron á parecer jamás por los alrededores de su casa.

Llegó un día á Fontecha un ingeniero de montes, recién salido de la Escuela, Juan de Luyando, hijo del valle de Ayala, recomendado al escribano por el señor Deán de Salamanca, antiguo condiscípulo suyo y tío del muchacho, con el ruego de que le buscara un guía y le diera instrucciones para recorrer las sierras de Arcena, Santiago y Salvada; y tal y tan grande simpatía logró despertar por su carácter y sobresalientes prendas en el padre y en la hija, que ésta se sintió enamorada y aquél muy decidido á ser su suegro.

El ingeniero, que conocía por la fama la hermosura y demás excepcionales cualidades de Teresa, se quedó *tamañito* cuando llegó á verla; y sin andarse en rodeos, hizo de ella tan espontánea y justa ponderación, en presencia del padre y de la hija, que éstos comprendieron inmediatamente que aquel joven se atrevería en el mundo á cosas muy grandes, cuando de buenas á primeras se había atrevido á decirles, *en su propia cara y en su propia casa*, lo que otros suelen expresar á fuerza de largo tiempo con sus miradas, con sus suspiros, con sus obsequios, con sus cartas y con toda clase de rodeos.

—Mira, Juanito—le dijo el escribano, cuando regresó el

ingeniero de su expedición á los montes — déjate de servir al Gobierno, y de andar trepando por cerros y vericuetos: mi hija te gusta, ella te quiere y yo también. Casaos: disponed de mi fortuna, vivid á mi lado tranquilamente y Dios te lo pague.

Y así lo hicieron. Luyando abandonó su carrera, y se dedicó á cuidar de su cara mitad, de su generoso suegro y de la pingüe hacienda de Fontecha. Utilizó en el arreglo y perfeccionamiento de la casa y de la huerta, del vivero de árboles, de la conducción de aguas, de los invernaderos, de las colmenas, de los grandes plantíos que abrió en la ribera, y de las labores de la labranza, cuanto había aprendido en su carrera y en sus meditadas lecturas; y más, mucho más que á este inteligente cuidado y explotación de la Naturaleza, se dedicó, con alma y vida, al culto y adoración de su amante compañera, cuyo natural talento bien cultivado y cuyo pecho amorosísimo, constituían tan atractiva y placentera armonía, que el ingeniero se creyó de veras, así como transportado á la gloria, y ensimismado en absoluto al vivir en compañía de aquella mujer, en la que el espíritu y la conciencia, limpios de toda picardía y maldad y abiertos á todas las ideas sencillas, generosas y dignas, reflejaban su perfecto y placentero equilibrio en la dulce majestad y fijeza de su mirada y en la encantadora sonrisa que constantemente bullía en sus labios.

Siguió entretanto el escribano aumentando los pliegos de su cartera de valores, y tanto como en la tarea de ir cortando los cupones, gozó durante los últimos años de su vejez en contemplar la felicidad de sus hijos y en correr por la huerta, montado en una caña, enseñando el arte militar y la equitación á los dos nietecillos, que vinieron á completar la ventura de aquella casa en los ocho primeros años del matrimonio. Al fin llegó un día en que le tocó á la muerte cobrar su interés completo en la existencia de aquel hombre, y para ello, disfrazándose de catarro pulmonar, se acercó á él, le cortó el cupón con su guadaña y se fué á hacerlo efectivo Dios sabe dónde, después de dar con la lámina de su cuerpo en la tierra miserable.

Pasados los lutos y habiendo ido á reforzar á aquella familia dos hermanas del ingeniero, volvieron á reinar la abundancia y el regalo en la casa de Fontecha, pero no la felicidad completa.

II.

Largo tiempo hacía que Luyando no sosegaba, ni se sentía satisfecho, aunque aparentemente continuaba mostrándose ante Teresa como el más dichoso de los hombres. La causa era bien grave por cierto. Su mujer corría inminente peligro de perecer el mejor día, víctima de su extraordinaria obesidad. Alta y medianamente desarrollada en su juventud, había ido su físico adquiriendo tan poderoso desenvolvimiento durante el matrimonio, que su contemplación admiraba y sorprendía á todos. Nada perdió en cambio en su espléndida belleza, sino que, al contrario, parecía que un artista de gran genio, un escultor como Miguel Angel, había ideado el

titánico desarrollo de las líneas, de las sinuosidades y del conjunto total de aquel cuerpo. En su majestuosa altura cabían bien aquellos hombros redondos y anchurosos; la prominente y avanzada curva de su pecho, y la dilatada y suave rotundidad de sus caderas. En su rostro alabastrino dibujábanse y resaltaban con delicada perfección la nariz aguileña, los breves y redondeados labios, las pobladas cejas y los negros, grandes y penetrantes ojos, y sobre sus amplias mejillas desvaneciase el encantador tinte sonrosado, que daba finísimo matiz á todo aquel busto, asentado sobre arrogante garganta, á la que servían de unión con la diminuta y redonda barba, ondulada por encantador hoyuelo, triple moldura de suavísimos pliegues.

Con harta pena de Luyando y de cuantos rodeaban á Teresa, el desarrollo de su robustez continuaba en aumento, y llegaba ya á impedir que pudiera pasear y hacer ejercicio alguno de ligera violencia. Ni la vida de Madrid, ni la de Fontecha alteraban su manera de ser. Teresa resultaba cada vez más inmensa.

— ¡La señora va á reventar como el navío de la Santísima Trinidad! — decía en el pueblo el cirujano don Blas de Amochategui, visitante perpetuo de la casa, antiguo amigo del escribano y compañero de excursiones montaraces de Luyando.

Maravillábase el cirujano del sinnúmero de opiniones y remedios que el protomedicato de la corte había emitido y propinado á Teresa, á propósito de su gordura y de su curación, sin obtener resultado beneficioso alguno; y no le extrañaban las apreciaciones y tristes augurios que las gentes hacían acerca del estado y fin de tan buenisima, cariñosa y excelente dama y amiga suya. Lo que nunca pudo entender, aunque lo rumió muchas veces, fué lo que oyó afirmar á un maestro de obras, muy redicho é inflado, que vino á Fontecha á arreglar unas reparaciones de la fachada de la casa de Luyando, y el cual, fijándose en la hermosa sobrebarba de Teresa, dijo en un corro de amigos:

— ¡Esa señora es del orden corintio, porque tiene tres fajas en el arquitrave!

Una tarde que don Blas y Luyando paseaban á orillas del Ebro, el cirujano, muy decididor como siempre, y el ingeniero, cabizbajo y callado, exclamó éste:

— No adelantamos nada, amigo don Blas; el mal continúa adelante. ¿Cuánto le parece á usted que pesó ayer Teresa, cuando al pasar al jardín hice que se detuviera, sin que ella lo notara, en el plano de la báscula de la fruta?

— ¡Qué sé yo, señor don Juan, qué sé yo!

— ¡Ciento treinta y dos kilogramos!

Don Blas se santiguó y dijo:

— ¿Y qué le ha aconsejado á usted desde Madrid el doctor Herrando, á consecuencia de su última consulta escrita?

— Pues, lo de siempre; que continúe tomando el cloromato de tetrametilfosfina y que vayamos en breve á las aguas de Münster-am-Steim, cerca de Mayenza en Alemania, que son maravillosas para el caso.

Volvió á santiguarse el cirujano y añadió:

— Lo mismo le han dicho á usted de las demás que ha tomado hasta aquí.

— Lo mismo. Solamente las de Brides les Bains, en Saboya, le estuvieron bien al principio; pero ni las de Saint Royet, ni las de Kragts en Berna, ni todas las que ha tomado

en España, que son dos docenas por lo menos, le han producido efecto alguno.

Teresa y su marido partieron para Alemania á mediados de Mayo. El médico, director de Münster-am-Stein, les aconsejó que no hiciera uso de aquellas aguas y que salieran para las de Spa. Allí se fué el matrimonio, con la misma fe y valentía que si les hubieran enviado al Cabo de Buena Esperanza. En Spa tomó Teresa una preparación especial, que propinaba uno de los más afamados doctores de la localidad, y con la cual había curado radicalmente de la obesidad á media docena de reyes y príncipes. Sus efectos deberían sentirse á los cincuenta días, es decir, en Fontecha. Mientras tanto, durante la permanencia de los alaveses en el gran establecimiento, hubo aristocráticas reuniones, bailes de gran lujo y giras campestres. Teresa no pudo bailar ni girar, pero cuando se presentó descotada en los salones, produjo una revolución general, lo mismo entre los caballeros que entre las damas; y no se habló de otra cosa durante mucho tiempo, que de su hermosura, de sus arrogantes formas, y de su simpático, bondadoso y sencillo carácter.

Estaba anunciado en aquellos días un concurso de belleza, con tres premios, á cuya conquista acudieron hasta cuarenta buenas mozas de seis naciones diversas, pero ninguna optó al primero, que el jurado lo otorgó por unanimidad á Teresa, aunque ni á ella ni á su marido se les pasó por la imaginación el figurar en el certamen. No consintieron en que la retrataran, y, sin embargo, un hábil dibujante lo hizo á escondidas, en cuatro rasgos, y apareció quince días después su hermoso busto en *The Illustrated London News* (Wednesday, March 20..... 18.....) y en *The Graphic* (Friday, April 4, 18.....)

Cuando regresaron á Fontecha pesó Teresa 136 kilogramos.

III.

Jamás se les había ocurrido á ambos esposos el encomendar la asistencia y tratamiento de la enfermedad de Teresa al cirujano D. Blas, que en todos los demás conceptos disfrutaba, como administrador y consejero, de la omnimoda confianza de la casa. ¡Cómo poner la suerte de la salud de la millonaria y muy distinguida señora de un sabio ingeniero en las inexpertas manos y romas facultades de un cirujano romancista! De esto no se había tratado nunca, ni aun en hipótesis. Don Blas, por su parte, comprendiéndolo así bien claro y sin ofenderse, al parecer, por semejante preterición, nunca dijo *esta boca es mía*, sino cuando por casualidad oyó á Luyando ponderar su desventura, y aun entonces lo hizo en las frases más lacónicas que le fué posible.

En cambio, allá en sus soledades y monólogos, mientras apuraba un litro de clarete de Labastida y consumía sus antisépticas tagarninas de á cuarto, decía guiñando un ojo, y sin soltar el humeante cigarro de entre sus colmillos:

—¡Psh! es claro: ¿por qué han de consultar á este badulaque de Don Blas? Yo no tengo título, ni borla, ni sortija de diamantes en el dedo anular. Fui barbero y luego san-

grador allá en mi pueblo de Elguea, y después practicante y operador, ¡ya lo creo!, operador en el tercero de Alava, en tiempo de la guerra, á las órdenes de mi paisano el Cid de aquellos tiempos, el general Villa Real. Allá en las alturas de San Adrián y de Arlabán, allí aprendí yo más que lo que enseñan en San Carlos; ningún doctor me vence á mí con el cuchillo en la mano, ninguno; ¡ni á ninguno le tengo miedo en *afectos externos*! ¡Qué vale estudiar mucha medicina, si no se tiene cerebro y ojo clínico! Á Teresa no la cura ningún médico, porque tienen ojos y no ven. Y lo peor es que, como se descuiden, revienta como la Real Trinidad. ¿Qué tiene Teresa? ¡Ah! eso no lo sabe nadie más que yo, es decir, lo sabe todo el que tenga sentido común, que es cualidad que escasea mucho. Además, ¡hombre, esto no se puede resistir! la gente aristócrata dice que yo no poseo ciencia, que no he estudiado; pues conste, que mienten como unos bellacos. Hoy no estudio, porque soy viejo; pero allá en mis tiempos, después de la guerra adquirí esos libros que he apilado en la campana de la chimenea, y cuyos textos me sé de memoria. Ahí están los *Remedios preservativos y curativos* de mi colega el gran cirujano Miguel Martínez de Leiva, de Santo Domingo de la Calzada; y la *Polianthea medicio speciosa*, de Gómez de la Parra, que me tradujo el guardián de Aranzazu, con la otra *De morbis in sacris litteris*, del valenciano Moles, y las *Reflexiones anticólicas y experimentos médico-galénicos* del doctor Ribera, y el *Tratado completo de cuartanas* de Curriel, el de Ponferrada, y ¡qué demonio! respecto á gorduras y sus peligros, ya lo dijo el médico, ó médica, ó lo que fuese, Doña Oliva del Sabuco (que esto nadie lo sabe), que *es gran peligro engordar, porque luego tiene de malo el gran cremento, gran decremento, que es gran enfermedad*. En fin, venga otro trago y otro cigarrillo, y si Teresa revienta, yo me lavo las manos, como el gobernador de los judíos, que el diablo haya.

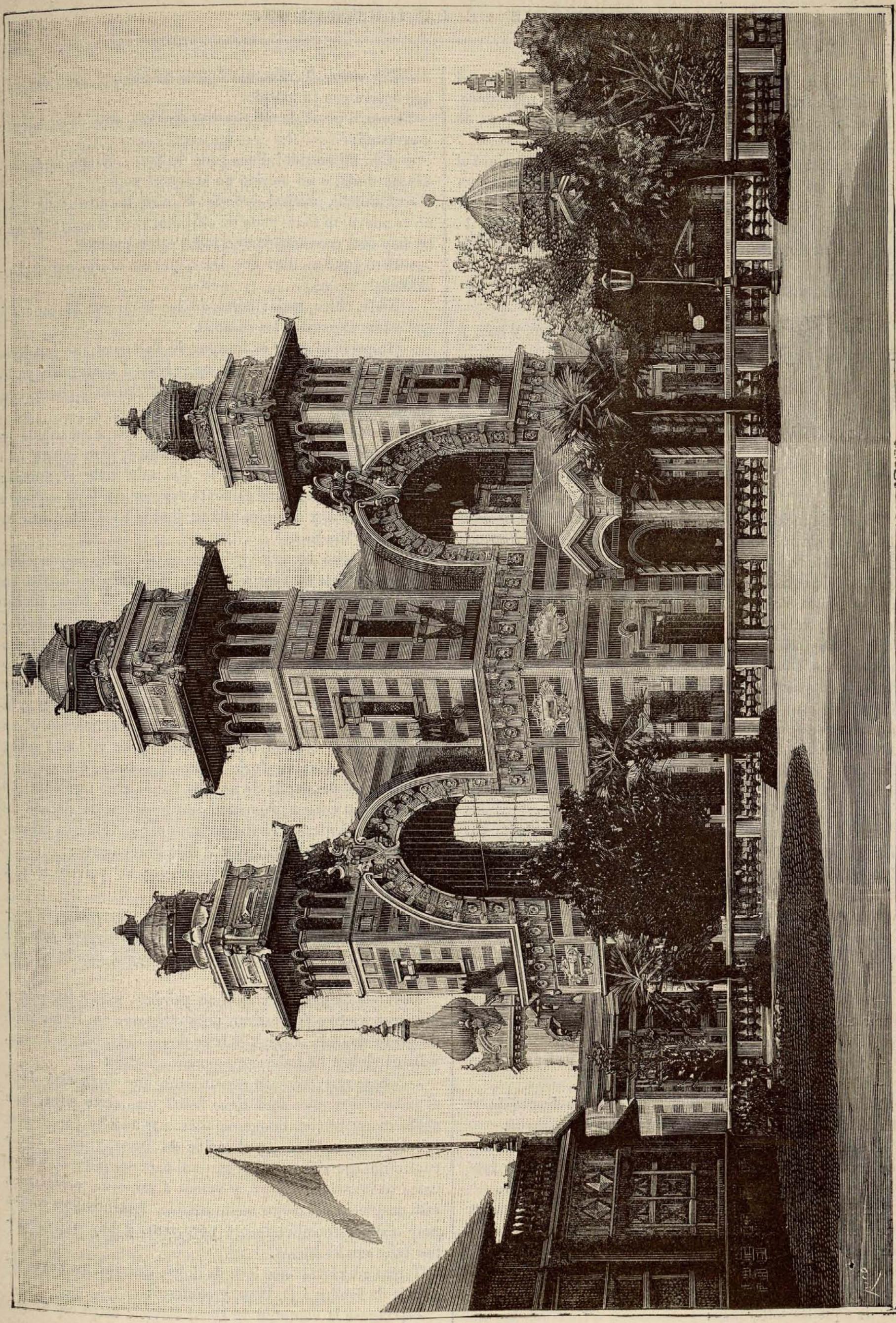
La dura necesidad, que todo lo autoriza y acomete, hizo al fin que Luyando, viendo marchar á su mujer de peor en peor, se decidiera á dar un salto en las tinieblas (así lo creyó muy serio para sí mismo), al tratar con Don Blas del estado de aquélla, y de la manera de hacer el milagro de salvarla.

—Nada nos falta en este mundo, como usted ve, amigo Don Blas—dijo el ingeniero;—tenemos riquezas, comodidades, hijos hermosos, nombre respetable, muchos y buenos amigos; nos idolatramos como el día en que el cura nos echó la bendición, y más aún si se quiere: vivimos en la mayor de las venturas, el uno para el otro; y ¡oh dolor! esa obesidad progresiva, ese desbordamiento de la naturaleza de Teresa destruye nuestra felicidad y nos amenaza con la más tremenda de las desgracias, con su pérdida.

El cirujano encendió una tagarnina, miró frente á frente á Luyando, y dándole un par de golpecitos en la espalda le dijo:

—Si usted quiere que la cure, la curaré: el problema es fácil, pero necesita pensarse bien, porque hay que practicar una operación espantosa y muy larga, para la cual no sé si tendrá usted valor. Esta tarde, señor Don Juan, iremos solos de paseo, y allí hablaremos.

El ingeniero, al oír esto, se arrepintió de haber apelado á Don Blas, porque, según lo presumía, le iba á proponer éste alguna solemne barbaridad. Quiso replicar, pero el cirujano, adelantándose, continuó:



EXPOSITION UNIVERSELLE DE PARIS.—Pabellón de la República de Bolivia en el Campo de Marte.

—Con que, hasta la tarde. Aquí—añadió, dándose con el puño en la frente—hay mucho cerebro y mucho ojo clínico. Yo sé lo que tiene Teresa, y respondo, por consiguiente, de cómo ha de curarse. No hablemos más.

Aquella tarde, desde las cuatro hasta las siete, duró el paseo de los dos amigos. Don Blas habló mucho y muy bueno, tanto y tan bien, que el ingeniero se quedó como quien ve visiones, conformándose en absoluto con la opinión de aquél. Cuando en diferentes ocasiones vaciló, le dijo el cirujano:

—¡Nada, señor mío, ó la vida ó la muerte!

—Pero.....

—¡Nada, ya lo sabe usted! Hagamos *esto, y esto, y esto*, y tiene usted mujer para siempre.

IV.

Profunda melancolía se apoderó del espíritu de Luyando desde aquella fecha; ni durmió con sosiego, ni pudo encontrarse bien en ninguna parte. Encerrábase largas horas en su gabinete de estudio, y allí permanecía inmóvil, con la frente apoyada entre las manos, hasta que Teresa le sorprendía y le acosaba, tratando en vano de averiguar la causa de la súbita transformación de su carácter y de sus habituales ocupaciones. Otras veces, al cabo de larga meditación, prorrumpía en sonoras carcajadas y dejaba á su mujer tan aturdida, como cuando le veía preocupado y triste. Así pasaron quince días; él, ensimismado en sus reflexiones; Teresa, suspirando y afligida, creyendo que su marido se volvía loco, y Don Blas diciéndole al oído, siempre que le encontraba á solas:

—¡Ó la vida ó la muerte! ¡Ánimo!

Para distraer sus tristezas, montó Luyando á caballo varias tardes y se fué de paseo por los pueblos inmediatos. Con gran sorpresa de la gente de su casa, en vez de regresar al anoecer, lo hacía muy tarde, allá cerca de la media noche, y algunas veces una hora después.

—¿Dónde te metes, Juan de mi vida?—le preguntaba Teresa al verle llegar.—¿Por qué me haces esperar tantas horas? ¿Cómo quieres que cenemos á las doce de la noche?

—Déjame en paz, Teresa—contestaba el ingeniero mal humorado;—vengo del monte, de espera de ciervos y rebecos. Yo ya he cenado.

—¿Dónde?

—En una venta de la carretera de Orduña.

Y sin dar á su esposa el tradicional beso de despedida, se iba á su alcoba y roncaba como un órgano desafinado.

Teresa encargó á las hermanas de Luyando que le aconsejasen que no perseverara en aquella vida irregular; y éste, al oírlas, las echó de su cuarto con cajas destempladas.

Un día recibió su esposa la visita de unas amigas *íntimas*, que tenía en el inmediato pueblo de Bergüenda, unas *mayorazgas* de muchas campanillas, consumidas de envidia desde que se había casado con el ingeniero. Hablaron de mil cosas corrientes, y cuando estuvieron á solas con ella, dijo la mayor de aquellas solteronas:

—Por cierto, Teresa, que hemos sabido con gran dolor lo que ocurre con tu marido.

Teresa, á pesar de sus muchas arrobos, saltó de su asiento y exclamó:

—¡Con mi marido! Pues ¿qué le pasa? Estáis equivocadas sin duda: á mi marido no le ocurre nada.

—¡Cálmate, mujer!—añadió la otra hermana;—la cosa no es nueva, ni tiene nada de extraño; pero lo cierto es que no hay otra conversación en todos estos pueblos.

—Pero ¿qué es ello? Por Dios, ¡no me atormentéis! ¡Decídmelo!

—Nada, chica, nada: cosas de los hombres; percances á que estáis expuestas las casadas.

—¡Imposible! Juan es incapaz de faltarme; me insultáis villanamente, y os ruego que no volváis á visitarme: ya lo sabéis—exclamó Teresa enfurecida, señalando la puerta con ambas manos.

—Perdónanos, amiga; nosotras veníamos á consolarte, y vemos que nos hemos equivocado. Adiós, pero conste que parece mentira que no sepas lo que sabe todo el mundo: que tu marido está perdidamente enamorado de la molinera de Puentelarrá, y que han estado juntos hace ocho días en la feria de Miranda.

Teresa lanzó un grito y cayó en el suelo desvanecida. Las mayorazgas se fueron, y como Luyando no estaba en casa, llamaron sus hermanas á toda prisa á D. Blas, el cual acudió solícito y logró muy pronto que el ataque se desvaneciera. Nadie supo darse cuenta de lo que había pasado. Teresa, una vez vuelta en sí, prorrumpió en profundo llanto, y en él continuó hasta las once de la noche, en que llegó su esposo. Negóse á recibirle, y ambos pasaron la noche en vela, cada cual en su cuarto, maldiciendo de su pícara fortuna. Cuando al día siguiente se vieron á solas, desató Teresa toda su furia contra Luyando, que escuchó sin chistar el desarrollo de aquella formidable tormenta que caía sobre su cabeza, fumando impávido media docena de cigarrillos mientras el chubasco terminaba. Al fin, su esposa, rendida de hablar, se calló, y él dijo gravemente:

—Cambiaré de vida, te lo prometo; no volveré más á Puentelarrá, ni á ninguna parte.

—¡Vete á donde quieras, infame!—repuso ella,—porque ya entre nosotros todo ha concluido. Cogeré mis hijos y me iré á Madrid; lejos, muy lejos; donde no nos veas más.

Luyando empezó á cumplir su palabra, pero á los quince días, con motivo de realizar unos negocios en Haro, salió de nuevo de casa. Al siguiente se presentó D. Blas á Teresa, y llamándola á un gabinete separado, la dijo:

—Señora mía, veo con sentimiento que Juan está dado al mismo demonio; aquí tiene usted una carta suya, que acabo de recibir, en la que me dice que anoche perdió seis mil duros en la banca en el casino de Haro, y que le envíe cuatro mil que debe y otros seis mil para desquitarse. Tenga usted resignación, señora, y vamos á ver cómo arreglamos esta desgracia del mejor modo posible. Los hombres somos muy malos, rematadamente perversos, y hay que tomarlos tales cuales somos.

Teresa creyó volverse loca de dolor. Entregó las llaves de la caja de fondos á D. Blas, y contestó:

—¡Hágase la voluntad de Dios! Envíele usted ese dinero

y digale, de mi parte, que no vuelva á esta casa. ¡Pobres hijos míos!

Trémula y delirante sufrió varios amagos de congestión, que el cirujano corrigió á tiempo con solícito esmero y magistral acierto. Entretanto, Luyando anunció á D. Blas que había perdido cuanto le envió, y que se iba á las ferias de Burgos á distraerse, para lo cual necesitaba alguna fuerte cantidad más.

Como pudo, enteró á Teresa el cirujano de esta nueva hazaña, cuando, ya convaleciente, la recomendó que saliera á pasear por el jardín. Don Blas, al contestar al ingeniero, puso esta nota á la terminación de la carta:

Ciento diez y seis.

Teresa vistió de luto como si hubiera enviudado, y se dedicó á pasar algunas horas en la iglesia todas las mañanas, lo mismo en los días serenos y despejados, que en los crudos y lluviosos. Un día, al volver de la iglesia, oyó á unos mozaletes, que decían en un corro:

—Ahora dicen que se ha marchado á Sevilla con una bailarina.

Aquello era una nueva puñalada dirigida contra su corazón. Con ánimo esforzado preguntó á D. Blas, al llegar á casa, si tal noticia podía referirse á su marido.

—Sí, señora, por desgracia. Ocho días hace que me escribió pidiéndome más dinero, y diciéndome que salía para Andalucía: lo de la bailarina no lo sé, pero de seguro que solo no se ha marchado. Y el caso es que ya ha consumido todos los fondos disponibles y pide más dinero. Yo creo, mi Sra. D.^a Teresa, que podíamos vender algunas acciones del Banco.

—Véndalo usted todo—exclamó la acongojada esposa;—venda usted mis alhajas y luego las fincas, y que lo consuma todo, en justa expiación y castigo para mí, por haberle querido. Yo me retiraré á Vitoria; sacaré á mis hijos del colegio y, si no tenemos más, nos iremos al Hospicio.

—Bueno, señora mía; haremos lo que usted disponga.

La señora no salía de casa sino para ir á la iglesia, y únicamente paseaba por el jardín acompañada de sus cuñadas, de D. Blas y del cura del pueblo. Jamás quiso leer una sola de las cartas que éste recibía de su marido, y llegó á no pronunciar nunca su nombre. Á los once meses de su ausencia puso el cirujano al pie de su firma, en la carta al ingeniero, esta cifra:

Noventa.

Pasado el triste, tristísimo invierno en Fontecha, sin que ni un solo día dejase de ir muy de mañana á la iglesia, cuando llegaron los hermosos días de Mayo pudo Teresa alargar sus pasos hasta las cercanías del pueblo. El cirujano se lo participó así á su esposo, añadiendo en la postdata:

Ochenta y cuatro.

Al aproximarse de nuevo el mal tiempo, notó D. Blas algunos síntomas de ictericia en la señora, pero no le alarmó esto tanto como la nota final de una carta de Luyando, que decía:

Yo sesenta y ocho.

—¡Diablo, esto es grave!—exclamó.—Yo no había pensado en semejante peligro. ¡Qué majadero soy! Aquí ha hecho carambola mi medicina natural. Preciso es pensarlo bien, señor cirujano, y prevenir mayores males.

V.

El día de Santa Teresa se celebró siempre en la casa de la señora con gran regocijo, pero en aquellas tristes circunstancias nadie se atrevió á proponer que hubiera solemnidad alguna. Ella, sin embargo, llamó de víspera á D. Blas y al cura, y les dijo:

—Mañana es mi santo; los pobres no tienen la culpa de lo que á mí me ocurre, y no quiero privarles de la limosna anual con que lo celebran. Por la mañana temprano visitaré á los enfermos del pueblo, y al mediodía se dará comida á cuantos acudan al portal. Y por si es, como será, el último año en que vivo en esta casa, yo les invito á ustedes á comer conmigo.

Con entera exactitud se cumplieron sus órdenes. Visitó muy de mañana á ocho enfermos y ancianos, dejándoles una corta limosna; dióse de comer á treinta menesterosos que acudieron de toda aquella comarca, y los dos convidados honraron la mesa de la señora y de sus cuñadas. La comida fué triste y silenciosa. Después del café, el cura se marchó á la iglesia, las hermanas de Luyando al jardín, y D. Blas quedó solo con la dueña de la casa.

—Me parece, señora—dijo el cirujano—que no estará mal el que, aprovechando este día, le dé á usted noticia del estado de las cuentas que yo administro, por su bondad de usted, desde hace algún tiempo.

—Se lo iba á proponer á usted, Sr. D. Blas, por que hoy mejor que nunca, debo yo apurar el cáliz de mi amargura—contestó Teresa.

—La tarea es muy fácil—añadió el administrador, sacando una gran cartera del bolsillo, y trayendo á la mesa un paquete, que había dejado debajo de su sombrero en una silla; detalles que sorprendieron grandemente á la señora.

—Estos son los justificantes—continuó diciendo D. Blas; dignese usted, pues, oír, señora.

—Estoy á sus órdenes de usted, amigo mío.

El cirujano desdobló un pliego y leyó:

—Cantidad perdida por Luyando en Haro, seis mil duros; cantidad que exigió que se le remitiera además, otros seis mil; cantidades enviadas á Burgos: primero tres mil, luego dos mil; cantidades enviadas á Madrid y Sevilla, en dinero, cuatro mil; de modo que: seis y seis doce, y tres quince, y dos diez y siete, y cuatro, veintiún mil duros. ¿No es esto?

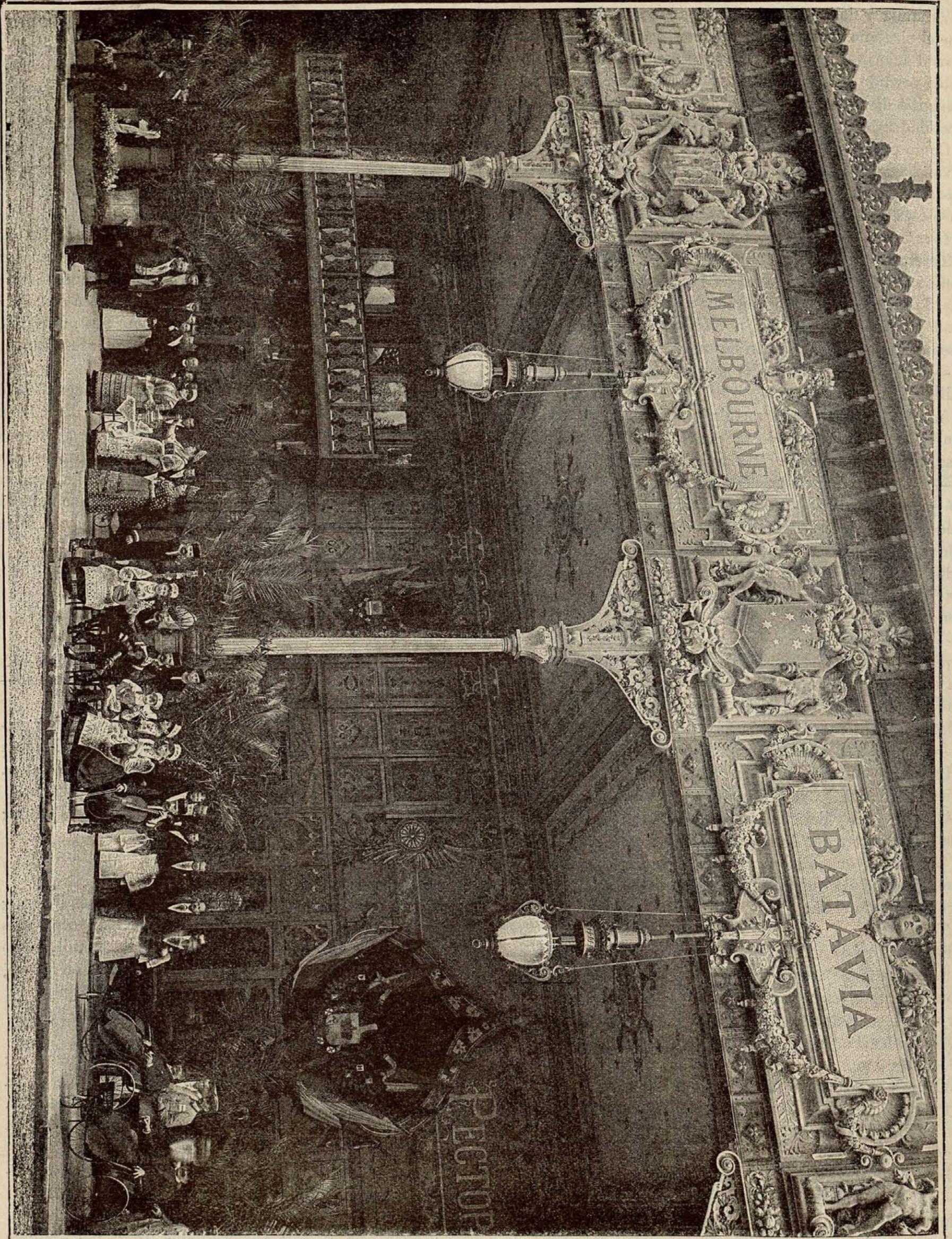
—Sí, señor.

—Bueno, veintiún mil duros; bueno; pues aquí tiene usted: mil, dos mil, tres mil, cuatro mil....—y conforme contaba iba sacando de la cartera y poniendo ante la señora, en fila, paquetes de billetes del Banco de España por el valor que decía, hasta completar aquella suma.

Teresa, sin saber lo que le pasaba, y mirando alternativamente y con espanto al cirujano y los billetes, dijo:

—Pero, Sr. D. Blas, ¿qué es esto?

—¡Calma, señora, calma! permítame usted que termine la liquidación general. Bueno. Además de ese dinero me entregó usted sesenta acciones del Banco. ¿No es verdad?



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS.—El «Restaurant» ruso en el Palacio de Bellas Artes.

—Sí, señor.

—Sesenta acciones; pues bien, tómelas usted — añadió el cirujano abriendo el paquete y poniéndolas ante la vista de Teresa.

—¡Pero, Sr. D.....! — exclamó ésta.

—¡No me equivoque usted, señora, y déjeme que siga contando! Me dió usted luego un collar de brillantes; bueno; un aderezo de oro y brillantes, bien; ochenta onzas de oro de Carlos IV; bueno; y..... ¿nada más?

—Nada más.

—Pues aquí están — continuó D. Blas sacando del paquete los estuches correspondientes y cuatro rollos de oro.

Teresa se había puesto en pie movida por terrible agitación nerviosa, y diciendo con voz entrecortada:

—¡Pero Dios mío!..... ¡pero Sr. D. Blas!..... por favor..... ¡Yo creo que me vuelvo loca!..... ¡Yo no puedo recibir esos valores!.....

—Siéntese usted y oígame, señora mía. Estos valores son de usted, y jamás han salido de su casa. ¿Desea usted descifrar este misterio?

—Sí, amigo mío; pero sin perder un momento.

—Eso no puede ser, porque sólo Luyando podrá descifrarlo.

—¿Él?

—Él.

—Yo he jurado que jamás volveré á verle.

—Déjese usted de juramentos. ¿Cree usted que es verdad que estos valores que tiene usted ante sus ojos son los suyos?

—Indudablemente.

—¿Cree usted que esto es verdad?

—No puedo dudar.

—Pues conste, Sra. D.^a Teresa, que tan verdad como es esto, es el que su marido no la ha faltado á usted jamás.

Teresa, al oír al cirujano, se apoyó en la pared para no caerse, y gritó, con los ojos casi fuera de las órbitas:

—¡D. Blas, usted miente! ¡usted quiere burlarse de mí!

—Gracias, señora. Muy pronto se convencerá usted de lo contrario.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo; cuando su esposo se lo cuente todo.

—¿Él?

—Él, porque creo que no se negará usted, ante la prueba que tiene delante, á someterse á la otra que él le dará.

—Pues entonces ¿qué ha pasado aquí?

—La cosa más sencilla del mundo.

—Pero ¿sostiene usted que mi marido es inocente?

—Se lo juro por la memoria de su padre de usted. No hablemos más, porque las señoritas se acercan.

Teresa, no pudiendo contenerse, cogió de las manos á don Blas y le dijo en voz baja:

—¿Cuándo llegará Juan?

—A las siete de la mañana. Esta misma noche enviaré un propio á Miranda, donde aguarda mi aviso.

Pasáronse las primeras horas de la noche en la tertulia haciendo el gasto el cirujano, con sus cuentos interminables y sin que Teresa pronunciara una palabra. ¡Tan violenta era la conmoción que sentía! Se retiró muy temprano á su gabinete, y allí cayó de rodillas y lloró, al entrever en las tinieblas de su amarga existencia el rayo de luz de la

esperanza. Después, en vez de acostarse, abrió las puertas del mirador que da á la carretera de Miranda y fijó sus ojos en los lejanos horizontes, en aquella noche oscura cubiertos de nubarrones, que el viento empujaba, dejando ver de cuando en cuando algunas estrellas entre la tenebrosa inmensidad del cielo.

Allí estuvo toda la noche, sin apartar la mirada del final del camino, pidiendo á Dios que no destruyera sus esperanzas y pronunciando entre sollozos el nombre de su marido. Poco antes de las seis de la mañana lucieron los primeros resplandores de la aurora, y mucho antes de las siete vió aparecer un coche en la revuelta del camino. Abrió las vidrieras del mirador, quiso gritar y no pudo; la emoción detuvo la voz en la garganta, sintió que una nube pasaba por sus ojos y cayó en el gabinete sin conocimiento.

A la entrada del pueblo esperaba D. Blas al coche, agitando su pañuelo. Luyando se precipitó en sus brazos, y el cirujano, apartándole con cariño y mirándole con atención, le dijo:

—¡Pero D. Juan, usted no es el mismo! ¿Dónde están aquellas carnes y aquellos colores? ¿Qué canas son esas que cubren su cabello y sus barbas?

—Amigo D. Blas—repuso el ingeniero abrazándole de nuevo—¿cree usted que se pueden sufrir impunemente ciertas operaciones de la medicina ó de la cirugía natural? ¿Y Teresa?

—Ahora la veremos; vámonos, vámonos aprisa, porque la pobre está de seguro más muerta que viva. No sé lo que va á suceder aquí.

La señora, que excitada por su agitación nerviosa, había vuelto rápidamente en sí, se precipitó hacia la escalera cuando su marido entraba en el portal.

—¡Ahí la tiene usted curada! — exclamó D. Blas— ¡ahí tiene usted la mitad de la mujer que usted dejó al marcharse! Apenas pesa ochenta kilogramos.

La verdad es que los esposos retrocedieron al verse; tan cambiados estaban. Luyando había enflaquecido y encanecido considerablemente. Teresa no era ni sombra de lo que fué. Un frenético abrazo los confundió en cuanto cada cual pronunció el nombre del otro. Con el ingeniero llegó su tío, el deán de Salamanca, el amigo de la infancia del escribano de Fontecha, testigo de mayor excepción de cuanto había ocurrido.

Cuando pudo Teresa desasirse de los brazos de su marido, recobró su serenidad, y dijo:

—He sido víctima de un engaño, de una alucinación ó de una farsa; y por Dios te pido, Juan, que, para que no me vuelva loca hoy mismo, para que haya calma en mi corazón, me expliques antes que todo, qué misterio tan hondo es éste, que tan desgraciados nos ha hecho, aunque, al parecer, vuelve á sonreirnos una felicidad que yo no puedo aceptar si no la comprendo como debo.

—Imposible me es á mí, Teresa—contestó Luyando— explicarte nada, en estos momentos solemnes, porque ni tengo ánimo, ni palabras para ello. Pero aquí está D. Blas, autor de todo, y de nuestra verdadera felicidad, que es el que aclarará esto, que para tí es un misterio.

—Nada más lógico, sino que yo lo haga, ya que soy el reo, el criminal y el casi asesino de ustedes dos—dijo el cirujano;—siéntense todos, pues, que yo, con sosiego, mien-

tras fumo mi veguero de á cuarto, he de satisfacer, en cuatro palabras, la natural curiosidad de mi señora doña Teresa.

Alargó el canónigo un buen habano á D. Blas, el cual lo rechazó cumplidamente, diciendo:

—Perdone su paternidad, señor deán; esos tabacos no me saben á mí á nada; yo lo he gastado siempre de lo fuerte, como gasto todas mis cosas; y si no que lo diga Luyando, y que lo diga Teresa, después que me oigan.

VI.

Encendió D. Blas su tagarnina, se plantó en medio del corro de sus queridos amigos, y habló de esta manera:

—Bien saben ustedes que hace año y medio, poco más ó menos, Teresa habia adquirido una obesidad tal, que pesaba doce arrobas ó cosa semejante. En una mujer tan joven, ese desarrollo era una enfermedad muy peligrosa. Así lo comprendió Luyando, y sin alarmar para nada á su mujer, la llevó á Madrid, consultó el caso con una docena de doctores, y cada cual la propinó un tratamiento diverso. Muchas aguas medicinales, más ó menos indicadas para el caso; muchos preparados químicos, cuyos nombres solos son una verdadera locura, y en fin, mucho tiempo y mucho dinero gastados en balde. Recorrió Teresa gran número de establecimientos hidroterápicos de España y del extranjero, tomó un sinnúmero de metolotajes y..... nada, Teresa cada vez más gorda. A mí me causaba profunda pena lo que ocurría; pero como yo no era quién para meter cucharada en el asunto, me callé y dejé rodar la bola. Al fin, desesperado Luyando, se decidió, ¡Dios se lo pague!, á consultarme el caso, y yo..... que sin modestia, señores, después de cincuenta y cinco años de práctica de la verdadera medicina natural, que es la observación, me creo tan doctor médico y tan sabio como los demás, le dije sin ambages ni rodeos:

Mire usted, amigo mío, su mujer de usted padece de «exceso de felicidad». Tiene riquezas, hijos angelicales, hermosura; un marido que es un santo, que ni fuma, ni juega, ni se enfada nunca, ni se atreve á echar un terno redondo; se idolatran ustedes como dos tórtolos; siempre salen juntos; no hay capricho que Teresa tenga que usted no satisfaga, y, en fin, su mujer de usted goza de una dicha completa, y no tiene ni por asomo, ni un día de mal humor, ni un solo quebradero de cabeza. ¡Qué ha de suceder! El corazón de esa señora late á sus anchas en un pecho lleno de calma y de ventura; la sangre circula poderosa y limpia como las aguas del Ebro cuando se derriten las nieves; y, es claro, el organismo se encuentra repleto de ganancias y va depositando manteca por todos sus dominios. Si la felicidad y la gordura continúan creciendo, se queda usted sin mujer antes de dos años.

Ya conocemos la causa del mal; vamos, pues, á poner el remedio. Y le dije terminantemente: «Va usted á hacer esto, y esto, y esto.» Es preciso que esa abrumadora felicidad doméstica concluya ó se suspenda por algún tiempo. ¿Cómo? «Pues proporcionando gradualmente á su mujer de usted una serie de malos ratos». Hágase usted un poco cala-

vera; váyase usted por ahí á picos pardos, ó á lo menos que así lo parezca y que lo sepa ella; hágase usted jugador, un tanto *perdis*, y verá usted cómo afloja la gordura. En obsequio á la verdad, debo declarar que Luyando se negó siempre á realizar mi plan; ante cuya negativa yo insistí en este dilema: «Ó la vida ó la muerte.» Se decidió al fin á aparentarlo, y preparamos la comedia de la molinera de Puentelarrá, á cuya casa fué á merendar Luyando conmigo varias veces; pero sin pasar más adelante, porque aquella buena mujer ha sido y es tan honrada como la primera. Pero la murmuración pública, con cuyo decidido concurso contaba yo de seguro, nos sirvió á maravilla. En aquella campaña de disgusto perdió Teresa ocho kilogramos. Convencido Luyando de la eficacia del procedimiento, convino conmigo en lo de la expedición á Haro, á Burgos y á Sevilla, en las pérdidas del juego y en las escapatorias con las suripantas; mentira todo ello, porque la verdad es que desde aquí marchó á Salamanca á casa de su tío, y que allí ha estado tranquilamente durante diez y ocho meses.

—Es verdad—exclamó solemnemente el señor deán.

Le dí cuenta detallada del curso del enflaquecimiento constante de su mujer, kilogramo por kilogramo; y ¡torpe de mí! no me figuré que él también, apenado por la ausencia y por los remordimientos de lo que hacíamos padecer á Teresa, se enflaquecería y se encanecería tan terriblemente como se ha encanecido. Me rogaba en sus cartas que diera por terminada la experiencia cuanto antes, y en fin, temiendo que por curar á la mujer nos quedáramos sin el marido, resolví detener el empleo de mi medicina natural y..... aquí la tiene usted, señor D. Juan, flaca, madrugadora, ágil y curtida en su corazón por el azote de las amarguras que, créanme ustedes, son de cuando en cuando muy convenientes para que el exceso de la felicidad no nos convierta en idiotas ó no nos ahogue en manteca. No tengo más que decir.

—No le perdonaré á usted nunca, señor D. Blas, los horribles tormentos que me ha hecho usted pasar—exclamó Teresa, besando las manos del viejo, á quien todos los circunstancias contemplaban con extrañeza y asombro.

—Menos me hubiera usted perdonado desde el otro mundo el que yo no evitara, como podía y debía hacerlo, su eterna separación de esta familia, de su esposo, de sus hijos y de este cirujano viejo, que les quiere á ustedes como si lo fueran suyos.

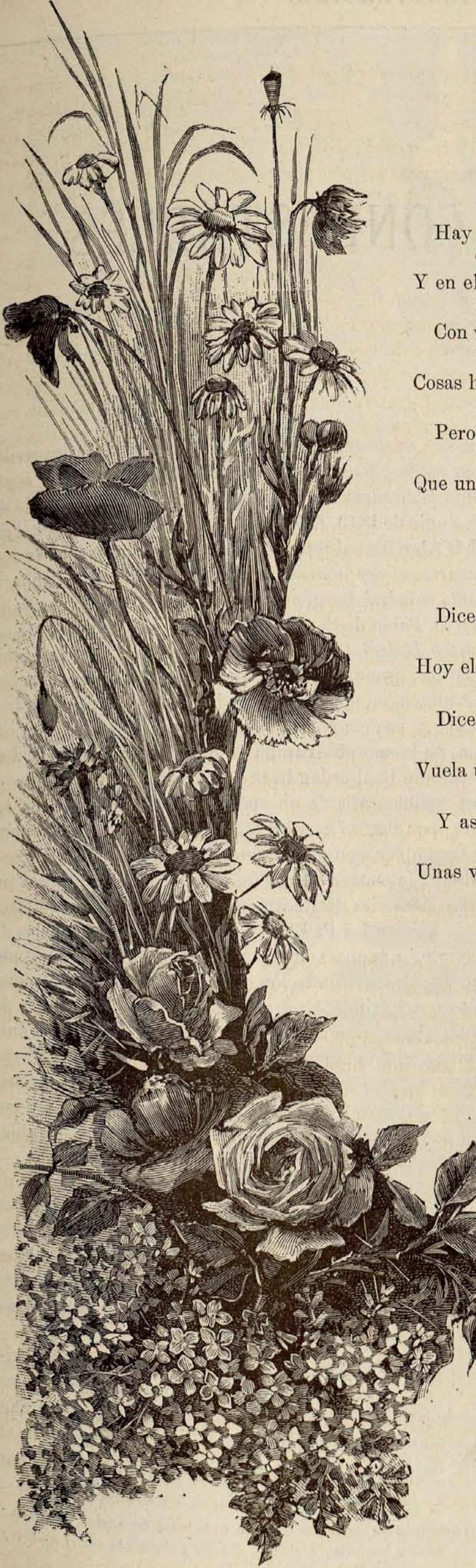
—Lo cual nos obliga--añadió Luyando--á rogarle que desde hoy viva usted con nosotros, ya que cual á un verdadero padre le consideramos.

—¡Eso no! Respeten ustedes la santa libertad de que siempre he gozado en mi casa, donde, como vivo solo, vivo á mi gusto. Al cambiar de residencia, seguramente se cumpliría en mí aquello de *á jaula nueva, pájaro muerto*; y conste que yo no me quiero morir, después de haber asegurado la vida de Teresa.

Y no hubo medio de que D. Blas cambiara de opinión. Cuando volvió á su modesta vivienda, y celebró con algunos sorbos más la nueva felicidad de sus amigos, exclamó con aire de triunfo dándose palmadas en la calva:

—¡Aquí hay mucho cerebro y mucho ojo clínico!

LAS CAMPANAS



Hay en el campanario
Cuatro ventanas
Y en ellas suspendidas
Cuatro campanas.
Con voz aguda á veces
Y á veces grave,
Cosas hablan que el labio
Decir no sabe.
Pero si atento escucho,
Bien pronto advierto
Que unas tocan á gloria
Y otras á muerto.

❁❁

Dicen las dos menores:
«¡Cantad victoria!
Hoy el alma de un niño
Vuelve á la gloria!»
Dicen las dos mayores:
«Hoy, muda y grave,
Vuela un alma afligida.....
¿Dónde? ¡Quién sabe!»
Y así alternando tocan,
En turno incierto,
Unas veces á gloria
Y otras á muerto.

❁❁

Yo sé que por las tardes,
Por las mañanas.....
¡Siempre!.... he de oír las voces
De las campanas.
Mas ¿quién sabe en su turno,
Siendo tan vario,
Qué tocarán los bronce
Del campanario?
Yo, por más que medito,
Jamás acierto
Cuándo ha de ser á gloria
Ni cuándo á muerto.

❁❁

¡Qué importa! En los espacios
Desvanecido,
Su clamor siempre es eco
De algún gemido.
Recordando en qué para
La humana escoria,
Siempre al mundo repiten
La misma historia.
Y ya alegres, ya tristes,
Ello es lo cierto
Que aunque toquen á gloria
Tocan á muerto!

FEDERICO BALART.

PENSAMIENTO

Baña el rocío en la estival aurora
El cáliz de la flor,
Mas ella nunca sabe quién le envía
Consuelo y salvación.
Cuando el llanto que brota de mis ojos
Alivia mi dolor,
Cual rocío del alma le bendigo.
¡Sé que viene de Dios!

EDUARDO S. DE CASTILLA.